

## UN CORO DE VOCES POR LA TOLERANCIA

Juan Gabriel Martínez Martínez

Licenciado en Filología Francesa por la Universidad de Granada. Actualmente es profesor de Francés en el IES Rodrigo Caro de Coria del Río. Ha sido lector de español en Lille (Francia) y Liège (Bélgica).

*“Escribiendo recuperaba retazos de paz y volvía a ser un hombre...”. (Si esto es un hombre, Primo Levi)*

Los conflictos entre pueblos y civilizaciones han proliferado a lo largo y ancho de nuestro mundo, y la toma de conciencia (y de postura) de los intelectuales ha sido una constante en cada uno de ellos. Por ello no debe extrañarnos que los escritores pongan a menudo su pluma al servicio de unas ideas de un tipo u otro, siendo en unos casos que estas ideas gocen de nuestras simpatías o no.

“¿Literatura o panfleto?” fue el título de un encuentro internacional de escritores desarrollado en París en la Feria del Libro de 2010. Las opiniones sobre el uso de la literatura para la transmisión de mensajes políticos van desde el desprecio a la aceptación y reconocimiento, siempre y cuando aquellos sean la materia de la que se hace la literatura, que lógicamente tiene su propia técnica, sus propios valores intrínsecos que harán de ella objeto de estimación u olvido.

La palabra *panfleto* procede del inglés (“*pamphlet*”) y suele conllevar una valoración negativa cuando se califica de tal la obra de algún escritor que hace de la defensa de una causa el centro de una obra. No fue así siempre, y desde la Revolución Francesa hasta nuestros días, figuras ilustres del pensamiento y la creación literaria han cultivado este “género” para proclamar el derecho de los ciudadanos a la libertad, la igualdad, la justicia, la solidaridad; en una palabra, a la democracia. Diderot, Voltaire y los revolucionarios que vieron en el periodismo un arma de transformación social (Honoré Gabriel Riquetti, Conde de Mirabeau, destacó en este campo) hicieron del panfleto un arte al servicio de unos ideales.

En nuestros días estamos asistiendo con sorpresa en unos casos, con anhelo en otros, pero siempre con preocupación, al estallido de una serie de revoluciones en cadena que sacuden al mundo árabe, desde el Atlántico al Mar Rojo. Y muchas veces podemos preguntarnos qué hay detrás de esas convulsiones que sacuden a esas sociedades que creíamos inamovibles. Los medios de comunicación, con sus análisis siempre acertados “a posteriori”, nos hacen ver que en esos países no todo eran dictaduras *versus* Islam, que las sociedades (de cualquier país del que se trate) tienen en su seno las mismas pulsiones por la democracia, los mismos anhelos por el progreso y las mejoras de las condiciones de vida de sus ciudadanos. Así, la idea de algunos “pensadores occidentales políticamente correctos”, cómodamente asentados en sus observatorios en países libres, de que la democracia no era compatible

con ciertas sociedades se ve rebatida por el devenir de unos acontecimientos de final aún imprevisible.

No es este el objetivo de este artículo, pero creíamos necesarias estas consideraciones para adentrarnos en la obra del autor que nos ocupa, Yasmina Khadra, pseudónimo tras el que se escondía un oficial del ejército argelino y cuyo verdadero nombre es Mohammed Moulessehoul. En un artículo de reciente aparición en El País, Khadra analiza estos movimientos populares como la expresión de un hartazgo y un deseo de libertad. Khadra rechaza la denominación de revoluciones porque a su juicio estas movilizaciones carecen de una estrategia revolucionaria organizada que pretenda sacudir las estructuras de esos estados, y las ve solo como intentos para expulsar a los tiranos del poder.

Aquí nos centraremos en su obra novelesca. Su relevancia procede no solo de su calidad literaria, cuestión en la que ya se han puesto de acuerdo críticos literarios de todo el mundo (su obra ya se ha traducido en más de cuarenta países y esta cifra no cesa de aumentar) y por la que ha recibido reconocimientos en Francia. Nos interesa aquí su trayectoria, la posición intelectual y política de este escritor comprometido que desde su vocación literaria decide que debe ser sincero y consecuente consigo mismo y con su país, y encuentra en la novela el vehículo privilegiado para mostrar al mundo los conflictos latentes irresueltos que producen millares de víctimas y constituyen para él, para los ciudadanos de su país, Argelia, y para millones de personas en el mundo árabe un motivo de preocupación, miedo y dolor.

## LITERATURA POLÍTICA

No son pocos los intelectuales y escritores que despliegan una doble actividad creativa. Por un lado ejercen su oficio de escritores con profesionalidad y maestría y dan cuenta de ello con la publicación de sus obras, en la mayor parte de los casos novelas; y paralelamente desarrollan otra actividad como columnistas y creadores de opinión en periódicos y revistas, amen de dar su apoyo a determinadas causas que consideran justas. Así, y sin salir de nuestro país, pensemos en Juan Manuel de Prada o de Manuel Rivas, por citar solo dos exponentes antagónicos del espectro político.

Ocurre que a veces estos autores mezclan ambas vocaciones en una obra, y así como cuando no lo hacen pueden disfrutar del juicio benévolo y hasta elogioso de críticos del extremo opuesto, basta que su pensamiento político se manifieste en alguna obra para que esta se vea inmediatamente denostada, siendo utilizada esta toma de postura por la crítica especializada como elemento perjudicial que ensombrece la producción del autor. Es entonces cuando resuena la calificación de “panfleto” con toda su carga negativa, como si eso fuera por sí mismo motivo para envilecer una obra, del signo que sea. Obviamente, en estos casos, se puede contar con la benevolencia y el aplauso del sector más próximo a esas trincheras, pero en pocos, por no decir ninguno, se contará con la admiración del adversario político. Triste panorama este que no sabe valorar una obra por sí misma, que

además dice muy poco de la profesionalidad del mundo de la crítica literaria. A la postre, estas militancias pueden ensombrecer el reconocimiento de un autor y hacerlo invisible a generaciones, hasta que el tiempo (y las personas que lo habitan) lo recuperan tras un análisis más desapasionado, si es que ello es posible. Baste citar como ejemplo de esta “injusticia” el *Affaire Céline* que estos días ocupa páginas y debates en Francia. Para aquellos que no lo conozcan, lo explicaremos brevemente.

Louis-Ferdinand Céline es una de las figuras más importantes de la literatura francesa del siglo XX, siendo su obra más conocida *Voyage au bout de la Nuit* (1932). Se trata de una obra excepcional, imprescindible, de una belleza salvaje y una crudeza extrema, reflejo de la sociedad francesa y europea de entreguerras. Este escritor vivió una deriva personal hacia posiciones antisemitas (no fue ni el primero ni el único en Europa), y de ello dejó pruebas en novelas posteriores. El final de su vida fue triste: juzgado, indultado, olvidado y silenciado. Este año se cumple el centenario de su nacimiento, y la decisión de las autoridades francesas que deciden sobre la conmemoración de efemérides ha sido no hacer nada.

Es bien conocida la militancia de André Malraux y evidentes las tesis expuestas y narradas con tonos épicos en *La Condition humaine* (1933). También los escritores de la antigua Unión Soviética han expuesto sus tesis con ahínco y valentía, y han sufrido por ello la censura y el castigo. Solo tras la llegada de la *Perestroika* hemos podido valorar a Vasili Grossman o Isaak Bábel, además de los ya conocidos Boris Pasternak o Alexandr Solzhenitsyn.

En la literatura hispanoamericana los ejemplos son abundantes, debido sobre todo a la proliferación de dictaduras en América Latina. El *boom* de la novela sudamericana dio numerosas obras, excelentes unas, como por ejemplo *Señor presidente* (1946), de Miguel Ángel Asturias; mediocres muchas (normal que al amparo de tal éxito aparecieran tantas historias narrando los casi idénticos conflictos). La Guerra Civil española ha sido centro de interés para muchos de los escritores más importantes del siglo XX. Malraux (*L'Espoir*, 1937) o Ernest Hemingway (*For Whom the Bell Tolls?*, 1940) han novelado este conflicto a partir de sus experiencias. Recientemente en España han aparecido varios títulos que tratan episodios de este conflicto bélico aún tan reciente. En sus tramas conviven personajes reales (Negrín, Santiago Casares Quiroga, Carl Schmitt) con otros ficticios. Algunos de ellos nos parecen excelentes: *Los libros arden bien* (2006), de Manuel Rivas, o *La noche de los tiempos* (2009), de Antonio Muñoz Molina. Dos autores de tal prestigio asumen el riesgo que conlleva este género desde dos puntos de vista: la infravaloración de la novela por los críticos que no aprecian los valores de este género novelesco y la contestación que desde uno de los bandos (si no de los dos) puede generar el tratamiento de tan delicada materia.

Sirva todo lo expuesto para justificar el presente artículo. En él pretendemos dignificar un género novelesco con alto potencial creativo, que ofrece una posibilidad inmejorable de anclar el arte a la conciencia ética y al combate por mejorar las condiciones de vida del mundo convulso en el que

nos ha tocado vivir.

Nos parece evidente que debemos considerar la existencia de un género político dentro de la novela (también en el cine aunque parece que en ese medio se asume más fácilmente); y que para que este género dé grandes obras, el escritor debe ser capaz de expresar con el dominio de la técnica narrativa, con la calidad de su escritura, con la sensibilidad de su espíritu y con la inteligencia de su pensamiento aquello que quiere transmitirnos y que constituye la materia de su creación/recreación. Para ello dispondrá de licencias (históricas, o del tipo que sea) que hagan la obra verosímil y cercana a la sensibilidad del lector de ese momento y lugar, pero también de otros lugares y épocas. Eso será lo que haga realmente de ella una obra de calidad.

Esta es la razón por la que nos ha interesado la figura de Yasmina Khadra. En las siguientes páginas vamos a analizar su vida, sus preocupaciones y cómo alcanza a dar forma literaria a todo ello, siendo en estos momentos uno de los autores francófonos (y no digamos del mundo árabe) con mayor reconocimiento y proyección internacional.

## YASMINA KHADRA

### 1. Semblanza biográfica.

Intentar trazar una semblanza biográfica de Yasmina Khadra puede resultar un ejercicio comprometido y difícil, y esto por dos razones fundamentales.

La primera es que él mismo ya lo ha dicho todo en sus dos novelas autobiográficas, *l'écrivain* y *L'imposture des mots*. Pocas cosas puede un comentarista descubrir que no se encuentren ahí, y que resulten realmente relevantes para comprender su personalidad, si dejamos aparte pequeños detalles que se inscribirían en la vida más íntima y personal.

La segunda razón tendría más que ver con una labor de reconstrucción a partir de dos nombres y una sola persona -el militar y el escritor- que intentaron coexistir en un tiempo en que las circunstancias externas impedían al uno cumplir la vocación del otro. En esa ecuación de imposible resolución, fue el escritor el que, tras largos años de sometimiento y conformidad a las reglas de las fuerzas armadas, por las que mantenía (y mantiene) un profundo respeto y un confesado cariño por sus compañeros, despejó la incógnita.

Pero entre una y otra dificultad podemos trazar una línea temporal que parte de 1955, año de su nacimiento en Kenadsa, una localidad del Sahara argelino. A los nueve años ingresa por voluntad de su padre en la escuela de cadetes El Mechouar, en Tlemcen (Orán). Durante los treinta y seis años pasados en el ejército, donde solo llega a alcanzar la graduación de comandante, mientras otros compañeros de promoción y similar hoja de servicios sí que ascienden en la escala de mando, se despierta en él la vocación de escritor y desarrolla una carrera literaria que intenta hacer compatible con su profesión.

Estos años de infancia y adolescencia, con sus relaciones familiares -en

particular la mantenida con el padre- y el encuentro con los primeros amigos, son contados en *L'écrivain* y aportan a Yasmina Khadra el material fundamental con el que construye la primera parte de *Ce que le jour doit à la nuit*, titulada “Jenane Jato”, nombre del barrio miserable de Orán donde se hacían los llegados del desierto a la ciudad en busca de una nueva vida. Mohammed Moulessehoul (Younes en la novela) siente un profundo respeto y cariño por el padre, y este por el hijo, si bien su sentido del deber le hace anteponer una hosquedad en el trato que desconcierta a Mohammed/Younes.

A veces la violencia oculta el afecto, y es así como se nos muestra en las reacciones del padre cuando golpea al hijo en los momentos de derrota e impotencia por no ser capaz de velar, como debe hacerlo un padre, por sus hijos. Lo mismo ocurre con los amigos: tanto Younes como Mohammed encuentran sus amigos más duraderos y fieles en sus nuevos colegios, tras peleas entre ellos que se convierten en pruebas de lealtad y nobleza, aún más notables por guardar silencio ante los requerimientos de los profesores. En el ejército encontrará sus amigos y una nueva familia.

En los años de permanencia en el ejército escribe una serie de novelas negras y relatos que publicará con su auténtico nombre, Mohammed Moulessehoul. En ellos el relato de los actos de violencia se ve atenuado por los límites que él mismo se impone en virtud de su condición de miembro del ejército argelino.

Pero esta “autocensura” acaba cuando decide dar rienda suelta a su expresividad. Es entonces cuando surge Yasmina Khadra, pseudónimo tomado prestado de los nombres de su esposa. La decisión de elegir un pseudónimo femenino constituye, según sus palabras, un homenaje a la mujer argelina, víctima y heroína en una sociedad que no da a las mujeres las oportunidades que merecen ni les reconoce ningún valor. Esta doble personalidad se inicia en 1997 con la publicación de *Le dingue au bistouri* y va a prolongarse durante trece años. Pertenecen a esta etapa los tres libros que constituyen la *Trilogie d'Alger*: *Morituri*, *Double Blanc* y *L'Automne des chimères*, protagonizados por el comisario Llob (tetralogía si incluimos *La part du mort*, escrita mucho más tarde). A esta trilogía policíaca debemos añadir *Les Agneaux du Seigneur* y *À quoi rêvent les loups*, dos novelas que relatan los estragos de la violencia integrista que desgarró a su país, publicados estos últimos en la editorial Julliard.

Khadra se siente bien acogido en esta editorial (aunque el libro que le había catapultado al éxito –*Morituri*– había sido publicado primero por la editorial La Baleine y posteriormente en Gallimard dentro de una serie B por tratarse de una novela negra, lo que le confería menos calidad literaria), y es este reconocimiento a la editorial y a su delegada, Betty Mialet, el que le hace mantenerse fiel a ella hasta el día de hoy, tras la publicación de 11 títulos.

En el año 2000 se cierra esta etapa de semiclandestinidad y anonimato. Su nombre ya figura entre los de los “enemigos más odiados” por los integristas musulmanes, y su vida en Argelia, y la de su familia, es insostenible. Decide entonces emprender el exilio. Tras un breve paso por México, llega a

Francia, en vísperas de la aparición de *L'écrivain*. En esta novela completamente autobiográfica, Yasmina Khadra revela su verdadera identidad al narrar su propia historia. Entre el estupor y la irritación de unos y otros (intelectuales, periodistas, críticos literarios.) Mohammed Moulessehou, el antiguo militar-escritor autor de novelas de intriga y suspense, se muestra ante el mundo como quien es, para romper con un estado de espíritu y con un silencio que se le hacían insufribles. Esta decisión crucial supone además el abandono del ejército y el alejamiento de su país, al que no por eso dejará de seguir mirando con afecto y patriotismo, razón por la cual aceptará en 2007 el nombramiento de Director del Centro Cultural Argelino en París, ofrecido por el presidente Abdelaziz Buteflika. Se levantaron entonces algunas voces críticas contra él acusándolo de contradictorio, a lo que respondió que en ningún momento había renegado de sus raíces ni de su patria, y que si aceptaba el cargo era para rendir un servicio a su país: "Mi cargo no me impide expresarme con la misma virulencia y lucidez".

Para responder a sus detractores, a quienes lo acusan de impostor y lo critican por no renegar de su participación en la guerra contra el GIA, Khadra inicia esta nueva etapa con *L'imposture des mots*, obra sincera, auto-exculpatoria, decididamente valiente, igualmente autobiográfica, en la que narra el "choc" sufrido tras la aparición de la anterior y el trato recibido de quienes antes se deshacían en elogios. Es sin duda su obra más original. Tras ella, convertido ya en un autor de fama, llegarán otros títulos como *Cousine K*, *La part du mort* o la *Trilogie humaniste* (formada por *Les Hirondelles de Kaboul*, *L'attentat* y *Les Sirènes de Bagdad*). En esta nueva trilogía, Khadra extiende su mirada hacia otros países del mundo árabe que sufren de igual modo la violencia, la ausencia de libertad y de esperanza, la frustración, la injusticia; y nos adentra en lo más profundo del ser humano, allí donde se produce el corto-circuito que lo lleva a tomar partido por opciones desesperadas que no hacen sino prolongar el dolor y la muerte en una sucesión inacabable de víctimas, en una gran parte inocentes. Sus historias escenifican el horror que se instala en las sociedades y se retroalimenta sin atisbo de salida, en un pesimismo desolado.

Desde entonces su producción literaria no ha dejado de crecer, pero el nombre que aparece en sus libros es ya definitivamente Yasmina Khadra. Ha participado en debates y programas de televisión, salones internacionales del libro (Canadá le rehusó el visado para asistir al Salón del Libro de Montréal de 2005 por considerarlo sospechoso de terrorista), ha escrito artículos en prensa y se ha prodigado en cuantos foros se lo han pedido.

Ya no se oculta a nadie; ya se puede mostrar al mundo tal y como es; ya el público reconoce en él uno de los escritores vivos más importantes en lengua francesa, la que escogió desde pequeño para escribir fruto del azar, que puso en su camino un profesor de francés que lo animó a la escritura, mientras que por el contrario el profesor de árabe lo desmotivó bajo pretexto de que no escribía bien. Tras ese pequeño detalle tal vez esté la causa de que en la actualidad cuente con millones de lectores, lo que hace de él el escritor árabe vivo más leído en el mundo, cifra que sin duda sería menos elevada de ser el

árabe la lengua de sus textos.

París le resultaba hostil, ajena, distante, altiva. Por ello su familia y él se instalan en Aix-en Provence, en el sureste de Francia, lugar de exilio de casi todos los *pièds-noirs* que abandonaron Argelia en 1962 al finalizar la Guerra de Liberación. Estos argelinos de sangre francesa perdieron no solo una guerra: también perdieron su país, el país de sus antepasados, el que habían construido durante más de ciento cincuenta años. Y se establecieron en la zona francesa que más se asemejaba a su tierra natal, por paisaje, por clima y por forma de hablar, en Marsella y sus alrededores, “*el punto de caída de los dioses sin Olimpo*” (*Ce que le jour doit à la nuit*).

Junto con el éxito de público (*Ce que le jour doit à la nuit*, su libro más conocido, ha superado en ventas a *L’attentat*, que había vendido en Francia, 400.000 ejemplares, todo un récord) también va llegando lentamente el éxito de crítica, y muestra de ello es la concesión de algunos premios literarios, alguno de ellos importante en las letras francesas, como el Renaudot en 2005 por *L’attentat*, que además recibió el premio de los libreros de Francia en 2008. Además cuenta en su haber con el Trofeo 913 a la mejor novela francófona de 1997 por *Morituri*, el Prix France Télévision 2008 por *Ce que le jour doit à la nuit*, que ha obtenido también el Premio de los lectores de Córcega y el reconocimiento de mejor libro del año en 2008 por la revista Lire. Así mismo, la Universidad de Lieja (Bélgica) le ha otorgado el Premio “Campus de Cristal” 2010. Finalmente añadiremos que J. M. Coetzee, el Nobel de literatura surafricano, lo cita como uno de los escritores vivos más importantes por su compromiso político y su calidad literaria. Otra prueba de ello son las adaptaciones cinematográficas que se han realizado de sus obras, tanto en Holliwood como en Francia (*L’attentat*, *les Hirondelles de Kaboul* y *Ce que le jour doit à la nuit*).

Finalizaremos este recorrido mencionando su última publicación, *L’Olympe des Infortunes*, que ha sido recibida con gran aceptación en el Salón Internacional del Libro de París 2011.

Actualmente, y tras vencer su primer rechazo por la capital francesa, ha trasladado su residencia de Aix-en Provence a París.

## 2. El conflicto (político y personal).

La peripecia vital de Mohammed Moulessehoul ha hecho que el conflicto, en cualquiera de sus manifestaciones, haya existido permanentemente en su entorno.

En su primera infancia vivió directamente la experiencia de la guerra, ya que su padre, un enfermero en tiempos de la colonia francesa, se enroló en el ejército de liberación y alcanzó el grado de oficial. No vamos a explicar en este artículo los detalles de aquella guerra, pero sí recordaremos que se trató de la primera y más cruenta de las guerras de independencia que se desarrollaron en los años sesenta del siglo pasado en las colonias africanas de las potencias europeas. En concreto, la de Argelia fue algo más que una guerra de independencia; se trató de una auténtica revolución, pues los vencedores

transformaron radicalmente la estructura del nuevo estado instaurando un régimen comunista. Los perdedores, como ya hemos señalado anteriormente, lo perdieron todo y hubieron de abandonar con las manos vacías todo lo que habían construido, todas sus posesiones y riquezas, para instalarse la mayoría en el sureste francés. Este conflicto bélico se prolongó durante dos años y en él perdieron la vida 400.000 personas, en su mayoría argelinos.

Es a la salida de esta guerra cuando Mohammed entra en la academia de cadetes, lo que lo aleja (por su bien según piensa su padre) definitivamente de su familia y lo lleva a crecer en un ambiente militar, convertido desde ese momento en su auténtica familia. Evidentemente, tal decisión no puede resultar inocua en la formación y el despertar a la vida de un adolescente, privado del cariño y la protección de sus seres más allegados y de los que él espera la máxima entrega. Al conflicto bélico le sucede, pues, un conflicto afectivo-sentimental directamente relacionado con la estructura social y política que el nuevo régimen ha instituido.

El joven país se ve azotado por las demandas de libertad y justicia que la población reclama. Tal situación lleva al FLN (Frente de Liberación Nacional) a convocar elecciones libres en 1991. Los cálculos del partido gobernante se ven superados por el resultado de la primera vuelta que hace presagiar un triunfo en la segunda del FIS (Frente Islámico de Salvación). La población argelina está harta de corrupción e inoperancia para resolver sus problemas por parte de la clase dirigente. Por su parte el partido islamista acusa al partido dirigente de antipatriótico, profrancés y corrupto, en tanto que él ofrece proximidad e ilusión a los votantes.

Están aún recientes el triunfo de la Revolución Islámica en Irán (1979) y el desmoronamiento de los regímenes comunistas en Europa (el Muro de Berlín cae en otoño de 1989 y Gorbachov abandona el poder en 1991). La Revolución Islámica es percibida como una tercera vía entre los dos imperialismos que han gobernado el mundo desde el final de la II Guerra Mundial. Además, algunas democracias occidentales y bastantes partidos de izquierdas ven con cierta simpatía el ascenso de esta opción política de la que se desconoce qué puede resultar, pero a la que se considera capaz de sacar de la corrupción reinante a muchos países del mundo árabe, liberándolos de sus regímenes dictatoriales de uno u otro signo. Recordemos de paso que en ese mismo momento se desarrollan los últimos capítulos de la guerra de Afganistán, en medio de una proliferación de señores de la guerra tras la retirada de las tropas soviéticas en 1988. En 1992 se llega a un *status quo* entre todos ellos con la creación de un estado talibán. Y para completar el panorama conflictivo a nivel mundial añadamos el omnipresente conflicto sin resolver: Israel y Palestina.

Es en ese contexto internacional en el que se produce el triunfo del FIS, a lo que el ejército no duda en responder con un golpe de estado (enero de 1992) que anula el proceso electoral. Además se suspenden los derechos constitucionales, se declara el estado de emergencia y es disuelto el FIS. Es la señal de salida para un nuevo enfrentamiento entre argelinos: se suceden



matanzas, masacres, atentados, secuestros, perpetrados por los dos bandos en conflicto el GIA y el ejército, siempre dispuestos a encontrar en los horrores cometidos por el adversario la justificación para emprender una nueva acción violenta (casi 200.000 víctimas según algunas fuentes); como al final de la Guerra de Liberación, se produce una nueva huída y el exilio de miles de personas, unas huyendo de la represión, otras huyendo simplemente del horror por una simple cuestión de supervivencia. La firma del alto el fuego no trajo la paz definitiva, y posteriormente han continuado los episodios de terrorismo y represión, bajo la apariencia de una democracia formal. En el cuerpo de la ciudadanía argelina permanece una herida que no cerrará fácilmente, una cicatriz que recordará a todos el terrible período de sangre y llanto que han debido superar.

Mohammed Moulessehouel es en ese tiempo comandante del ejército de su país. Disciplinado y leal a sus compañeros, asume las responsabilidades que lo hacen estar en la primera línea de fuego, llegar el primero a los puntos donde se han producido las más crueles carnicerías, y conoce igualmente de primera mano cuál es la estrategia que las fuerzas de seguridad esgrimen para hacer frente a los terroristas integristas; pero eso no le impide ver con dolor el desgarró que se está produciendo en su patria.

La coexistencia entre el escritor que ve y opina y el militar que obedece y ejecuta es difícil y está llegando a su fin. El conflicto personal está a punto de resolverse. Fuera, en el vasto mundo que se abre ante él, los hombres se matan con igual saña a la que él ha conocido en su país. ¿Choque de Civilizaciones? ¿Incomprensión mutua? ¿Injusticias sociales? El mundo árabe está en efervescencia, como dijimos al principio, desde el Magreb hasta el Próximo Oriente: Israel, Irak, Afganistán, la misma Argelia...¿Hasta dónde puede conducir la intolerancia, el odio, el desconocimiento y desprecio por nuestros semejantes, el miedo al otro, al diferente, tanto más peligroso cuanto más próximo a nosotros? ¿Quién querrá detener esta espiral de violencia para superar el enfrentamiento que solo puede llevar a más enfrentamiento? Por lo que a él se refiere, en sus obras oiremos las voces llenas de dolor, los argumentos autojustificatorios, las proclamas vindicatorias de verdugos y víctimas, convertidos los unos en los otros casi sin solución de continuidad en una danza macabra interminable.

Aquí es donde la voz, la escritura de Yasmina Khadra se eleva con firmeza, con conocimiento de causa, con ternura, para, sin optimismo pero con insistencia, hacernos comprender las razones de nuestros semejantes, todos hijos de un mismo dios para un creyente como él.

### 3. Obra

La última novela de Yasmina Khadra, publicada como casi todas las anteriores en la editorial Julliard, se titula *L'Olympe des Infortunés*.

Al leerla, uno tiene la impresión de que el Olimpo al que se refiere el título no es sino el lugar en el que han quedado varados todos los personajes que han poblado las novelas de Khadra tras sus respectivos naufragios vitales,

unos muertos y otros vivos, ¿eso qué importa? Unos han llenado páginas de serie B, desde sus primeras novelas (*Houria, Le dingue au bistouri, la Foires des Enfoirés...*) hasta su primer gran éxito, *Morituri*, con el que se inicia la *Trilogie d'Alger*; otros se han alimentado de las experiencias biográficas del autor para construir sus propias vidas, llenas de resonancias de su infancia y adolescencia; otros han vivido el mismo horror que el pueblo argelino en otros lugares igualmente golpeados por la violencia. Pero al final, todos han guardado en sus almas heridas imborrables.

El título de su última novela tiene un antecedente claro, tal vez pretendidamente explícito, en las primeras páginas de *L'imposture des mots*. En el espacio de unas veinte líneas ambos conceptos se confrontan con una significación que se complementa y que a la postre daría la fusión de ambos en el título del que hablamos.

Con la aparición de *L'écrivain* se opera la gran transformación. El escritor travestido se ha despojado de sus ropajes y se ha mostrado impudicamente al mundo como lo que es. Tras ese pseudónimo femenino se oculta un hombre; y lo más impactante e imperdonable para muchos de los lobos que lo acechan, lo que parecía la obra de una escritora considerada brillante, no es ni más ni menos que fruto de las vivencias de un oficial de rango.

De ese difícil momento Khadra extrae el material de su siguiente libro, *L'imposture des mots*. Son días atormentados, de insomnio, en París. Sus personajes y su *alter ego* (es decir, Mohammed Moulesseoul) lo rondan como fantasmas: sucesivamente aparecen Zane y Salah l'Indochine, los despreciables asesinos de *Les Agneaux du Seigneur* y *À quoi rêvent les loups*; el escritor argelino Kateb Yacine; el poeta turco Nazim Hikmet... En esta obra reitera su afecto por sus compañeros de armas, a los que estima y justifica, y se presenta como un ciudadano con ansias de paz y justicia para su país, asolado casi sin descanso por los conflictos coloniales y poscoloniales de los que ya hemos hablado, Khadra se defiende de la acusación de impostura que el mundo de la cultura le hace, decepcionado este por no oír salir de sus labios ninguna acusación al régimen argelino ni arrepentimiento por haber participado en las operaciones militares, consideradas como crímenes por los medios intelectuales franceses.

El precio que deberá pagar por su honestidad es el abandono de su carrera militar. La diferencia entre Khadra y sus compatriotas exiliados estriba en lo que él ya ha descubierto, en las intenciones últimas que lo han llevado a dar este paso trascendental para su futuro y el de su familia: él sabe lo que busca, tras muchos años de conformismo y compromiso con un destino que él no había elegido; ahora por fin se siente con la energía y el coraje para encontrar su destino, y así se lo dice al fantasma de Kateb Yacine: "*Mi felicidad está en mí; mi gloria es no exigir nada a nadie. (...) Tú has venido a buscar algo; yo he venido a buscar a alguien*" (*L'imposture des mots*).

Se trata del momento que marca el resto de la carrera literaria de Yasmina Khadra. Los velos han caído, los miedos desaparecen. Comienza otro viaje, ahora decididamente político, ideológicamente comprometido con su pueblo y

con las víctimas de los conflictos que asolan a los ciudadanos de Argelia, de Palestina, de Israel...A este momento corresponden los títulos de la *Trilogie humaniste*. Los personajes de esta trilogía, ya vivan en Tel-Aviv, Bagdad o Kabul, creen poder llevar unas existencias normales, sin sospechar los peligros que los acechan y las terribles sorpresas que van a dislocar sus vidas: en el Kabul de los talibanes, Mohsen y Zunaira se aferran al amor para escapar de las atrocidades y dar un sentido a sus existencias, sin por ello llegar a conseguirlo (*Les hirondelles de Kaboul*); el doctor Amine, árabe convertido en ciudadano de Israel y casado con una palestina sale en búsqueda de la verdad, para conocer las causas que han llevado a su dulce esposa a convertirse en una terrorista suicida, responsable del último atentado en el que hay incluso niños entre las víctimas (*L'attentat*); un joven estudiante iraquí decide vengar las humillaciones sufridas por su padre y la muerte de seres inocentes causadas por los soldados norteamericanos (*Les sirènes de Bagdad*). La realidad supera a los personajes y Khadra nos hace conocer otras visiones del conflicto: oiremos las razones del “enemigo” y conviviremos con su drama.

A esta trilogía sucede *Ce que le jour doit à la nuit*. Encontramos en esta novela elementos que aparecerán o han aparecido en otros libros, como el mercader con el que el padre del protagonista se encuentra en el desierto la primera noche tras abandonar sus tierras quemadas. El juicio que le merece la ciudad es el mismo que el de Ach el Tuerto, el personaje principal de *L'Olympe des Inforunes*. Hay una cierta nobleza en el espíritu de los beduinos que los hace resistir frente al modelo de vida extranjero, teniendo los valores de unos y de otros apenas nada que ver; de ahí la altivez con la que se autodenominan *Hor* los habitantes del vertedero.

El vertedero nos trae también a la cabeza el barrio miserable en el que se instala la familia de Younes al llegar a Orán, y del que el padre no podrá sacarla. Younes está a punto de iniciar una nueva vida alejado de su familia biológica, a partir de ahora con su tío (próspero y aburguesado farmacéutico) y la mujer de este (francesa por más señas), que lo educarán como si se tratara del hijo que no tienen. La militancia del tío en organizaciones independentistas dará lugar a su detención por conspiración y posterior liberación, razón por la que se trasladan a Río Salado, en el Sahara Argelino, lugar de fuerte influencia española, la tierra natal de Mohammed Moulessehoul.

Con los personajes de su última novela Khadra se muestra tierno y comprensivo: Ach el Tuerto, Junior el Simple, Haroun el Sordo, Mama la Fantasmagórica (único personaje femenino en este mundo), Aït Cétéra el Palanca, el Pachá y otros muchos más, algunos de paso, otros que llegan y se quedan. Todos ellos forman una Corte de los Milagros donde no hay sitio para la esperanza, un Olimpo donde estos curiosos dioses han establecido sus propias leyes lejos de la ciudad y el mundo de los hombres, lleno de injusticias y crueldad para con los más desfavorecidos, como se manifiesta tras el regreso derrotado de Junior. Se trata de un territorio no ubicable en ninguna geografía; un vertedero, un solar, una playa, un basureo cercanos a una ciudad cualquiera

en cualquier país y en cualquier tiempo, porque tampoco las referencias a este permiten situar la acción en un período concreto del siglo XX o tal vez del actual; solo las alusiones a los coches y las luces de la vecina ciudad permiten hacerse una vaga idea del momento de la acción. Y no hace falta mayor precisión para que esta alegoría sobre la búsqueda de la felicidad y la lucha del hombre por acceder a los grandes valores alcance a tocarnos en la diana.

En la segunda parte del libro Junior escucha la voz que lo empuja a aventurarse en la ciudad, decidido a arrostrar sus peligros, una vez vencidos sus reparos y los de su bienintencionado protector, Ach el Tuerto. En el vertedero todo transcurre en una relativa placidez, solo interrumpida a veces por algún incidente, como la desaparición y regreso de Pipo, el amante del Pachá (es interesante cómo los dos únicos personajes que se atreven a probar fortuna en la ciudad son los jóvenes –Pipo y Junior–, ambos dependientes de sus respectivos protectores aunque de diferente manera). Pero la segunda parte de la novela depara la llegada de un personaje venido a despertar las conciencias, a plantear preguntas, a inocular, cual una serpiente del paraíso, el veneno del conocimiento y la valentía para “*tenter sa chance*”. La llegada a este Olimpo de Ben Adam rompe la dulce rutina que impregna la vida de estos *Horr* y siembra la semilla de la discordia, al hacer surgir en Ach el Sordo el tema de la libertad individual: ¿con qué derecho, en nombre de qué buenas intenciones, se cree él en posesión del futuro de Junior, legitimado para hurtarle la posibilidad de conocer lo que él ya tuvo y perdió?

Con esta pregunta podemos confirmar lo que ya intuíamos y parecía que se nos escapaba: el autor político, el hombre comprometido con la libertad y la democracia no se ha desvanecido. Ningún gobernante, ningún allegado nuestro por mucho que nos quiera, nadie puede decidir por nosotros. En algún momento alcanzamos la mayoría de edad y salimos del Jardín del Edén, con la pérdida de inocencia que eso conlleva y el consiguiente dolor. Es un viaje iniciático como el emprendido por el doctor Amine en *L'attentat*, que nadie puede hacer por nosotros y para el que debemos hacer acopio de valor y de nuestras mejores armas, con todo lo escasas que estas puedan ser. Otra cosa será el resultado.

Pero nada termina bien en el universo de Yasmina Khadra. ¿Por qué? “*Desde que el mundo es mundo, la buena palabra continúa partiéndose la cara contra el verbo de los gurús; el Bien no ha triunfado nunca sobre el Mal, es el Mal quien acaba por arrojar la esponja, harto de sus excesos*” nos dice Khadra en *L'imposture des mots*.

La pregunta queda sin respuesta: las cosas, las personas terminan mal, pero nos quedamos sin saber por qué eso ha sido siempre así y por qué ha de seguir siéndolo. Pese a todo hay que seguir intentándolo hasta el final, no se aceptan renunciadas. Parece que todos nuestros esfuerzos por remediar los males y las injusticias sean vanos, que nuestro destino sea inmodificable y que por mucho que lo intentemos, no vamos sino a precipitar el desenlace inevitable. Eso le ocurre al doctor Amine de *L'attentat*, al comisario Llob de la *Trilogie d'Alger*, y a Junior en *L'Olympe des Infortunes*. El mismo fracaso ha castigado a Jonas/Younes, en *Ce que le jour doit à la nuit*, aunque en este caso ha sido la

pasividad la culpable de que dos vidas no alcanzaran la felicidad en medio de una Argelia dividida. Lo mismo da actuar que no hacerlo, al final, siempre habrá un “vertedero de almas” donde pasar el resto de la eternidad. El Mal triunfa sobre nosotros. ¿O tal vez encontremos una salida si nos esforzamos por comprender a los demás, reconociendo nuestros errores?

Tal vez sea ya el tiempo de la concordia y la tolerancia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Ignacio Cembrero: *¿Quién asesina a quién en Argelia?* (El País, abril de 2001).
- Ignacio Cembrero: *Sinfonía Argelina*. (Babelia. El País. septiembre de 2009).
- Yasmina Khadra: *Il ne s'agit aucunement de révolutions* (El País, febrero de 2011).
- Franc-Isabelle Langlois: *Le militaire qui voulait devenir romancier* (Le Journal des Alternatives, diciembre de 2005).
- Nayra Pérez Hernández: *La infamia de ser. Una lectura de la Trilogía de Argel*. (Afroeuropa .Revista de Estudios Afroeuropeos. 2008).
- [www.yasmina-khadra.com](http://www.yasmina-khadra.com): página web oficial de Yasmina Khadra.
- Wikipedia.